

herirla en lo vivo y llegó á amarle como no había amado nunca á su marido.

Este nuevo amor entibió el que por aquella sentía. Iba á verla todos los días permitidos, le llevaba dulces y juguetes; pero sus visitas eran de pasada, á la ligera, triviales, sin aquel tierno interés y aquella ansiosa curiosidad por todo lo que Dolores había hecho desde su última entrevista. Después volvía alegre y satisfecha á la vida galante que Monzón le ofrecía.

La niña, por el contrario, quedaba triste. Pasando desde los brazos de su madre al convento, no podía acostumbrarse á la soledad fría que allí reinaba, á aquella vida metódica llena de rezos, de clases y de insulsos recreos. Desde que entró sentía unas ánsias de volver al cuartito de su madre y recorrer los escaparates de Madrid colgada de su brazo! El temor de disgustarla, le hacía callar todo esto. ¡Se lo decía mirándola de un modo tan elocuente! Pero no lo entendía.

Esta indiferencia que principiaba á vislumbrar, fué otra causa de tristeza para la hermosa niña; y el primer día de visita que

pasó inadvertido para su madre, un alfiler que se clavó en su corazón. ¡Su mamá no la quería!

Cierta noche, mientras Adriana se vestía para ir al teatro, recibió una carta de Dolores. Decía: «Mamá mía: hace ocho días que no te veo. Estoy enferma y creo que es por no verte. ¿Querrás venir á curarme con tu presencia?» Asustada fué á visitarla al dia siguiente y la encontró pálida, enflaquecida. La niña le abrazó llorando y le abrió su alma. Se moría en el convento; no podía estar más que con su madre, pegada á ella.

Si no quería verla muerta, era preciso llevársela enseguida. Allí no enseñaban nada. ¡Oh, que la sacara de allí y vería cómo ella sola aprendía con sus libros todo cuanto quisiera! Además estaba enferma, no comía, sentía fiebre.—Y al decir esto, hacía que su madre palpase sus manos que abrásaban. Ésta la consoló como pudo y ofreció pensar en ello. En efecto, consultó con Monzón que se negó rotundamente.

¿Traer á casa la chiquilla? Nunca. ¡Valiente estorbo! Sería un testigo perenne que vigilaría sus actos y les privaría de to-

dos sus placeres. Además ¡iba á darle un buen ejemplo! En las Ursulinas estaba perfectamente. Todo aquello de la palidez, de la fiebre, era debilidad pura: unas cuantas tomas de hierro la pondrían fresca como una rosa.

Adriana se convenció de que Dolores debía permanecer en el convento. Aquella mujer que jamás obedeció al que podía mandarla, era esclava sumisa de quien ningún derecho tenía sobre ella.

En la siguiente visita, procuró persuadir á su hija de que estaba perfectamente en el colegio. Ella le escuchó haciendo esfuerzos para no llorar, tomó con amargura el frasco de hierro, y pretextando que la esperaba una amiga enferma, se fué á tirar la medicina al pozo. Aquel dia fué muy triste para Adriana y en vano Monzón la observó con un aderezo y multiplicó sus caricias: experimentaba una inquietud que no sabía de dónde procedía.

Cuando tornó á ver á Dolores, hallóla resignada y al parecer contenta. A los pocos minutos de comenzar la visita, dijo que sus amigas la esperaban para jugar, y se

marchó dando un beso á su madre. Ésta se fué contentísima de verla tan alegre. ¡Qué equivocada! Dolores se sentía cada vez peor, apenas comía, pasaba las noches empapando la almohada de lágrimas y estaba muy débil. Comprendía que alguien se había interpuesto entre ella y Adriana, y se resignaba al olvido y al abandono. Perdido el amor de su madre, le era indiferente vivir á su lado ó lejos de ella.

También Monzón estaba celoso de la niña; para amortiguar su influencia, propuso á Adriana un viaje á Valencia, donde iba á verificarse una *batalla de flores*. Como la excursión iba á ser muy corta, nada la dijeron.

III

Una tarde se hallaban los dos en su cuarto, en uno de los mejores hoteles de Valencia.

Dos discretos golpecitos sonaron en la puerta, y un criado entró con dos telegramas diciendo:

—Para la señora.

Adriana palideció densamente, revolviendo entre sus manos los dos papeles azules.

Rasgó con mano trémula uno de ellos. Decía: «Dolores enferma peligro. Venga inmediatamente.»

Un gemido ahogado brotó de su garganta, desfigurándole el rostro. Monzón, que por encima de su hombro, había leído el telegrama, quiso arrebatarle el otro; ella dió un salto y se fué á un ángulo de la estancia. Allí, con los ojos desencajados y la mirada de un idiota, leyó el segundo papel azul. «Enfermedad de Dolores, funesto desenlace.»

Monzón adivinó en el rostro de Adriana la tremenda noticia: tan demudada y pálida había ésta quedado. Bien quisiera él aliviar de algun modo la pena de la mujer que amaba, pero ningún consuelo le venía á la mente para ofrecerlo á su amiga, que permanecía como atontada, estrujando los dos telegramas. Sin embargo, aquella inmovilidad, aquella acumulación de dolor mudo podía ser peligrosa, y Monzón, con lágrimas en los ojos y los brazos abiertos, se le acercó diciendo:

—¡Adriana mia!

Ella dejó que se le aproximase sin pare-

cer apercibirse de su presencia; mas al ir á estrecharla en sus brazos, le echó las manos al cuello, ciñéndoselas como un dogal, apretó con todas sus fuerzas; y comenzó á morderle la cara y á golpearle con los pies. Parecía una loba furiosa, vengando la muerte de su cachorro. Monzón, desconcertado por este brusco ataque, procuraba desasirse sin lastimarla; pero harto hacía con mantenerse de pie, contrarrestando los esfuerzos de Adriana que forcejeaba por tirarlo al suelo. Estaba aterrado, sin aliento, comprendiendo por el salvaje brillo de sus ojos, que si caía era inútil demandar gracia. Le asió los brazos y se los retorció con fuerza: los dedos, al deslizársele por la garganta, dejaron profundos surcos por donde brotó la sangre en abundancia.

Al sentir que se le escapaba la presa, Adriana dió un salto y volvió á caer sobre él, acorralándole en un rincón. La lucha duró algunos instantes: lucha de fiera encarnizada. Donde Adriana ponía la mano ó la boca, brotaba la sangre ó se desgarraba la tela. Por fin Monzón ciego de ira, de un empellón tremendo, lanzóla contra el suelo.

El golpe fué tan rudo, que Adriana perdió el sentido.

Al volver en sí, estaba sola y tenía la cabeza ensangrentada. Vendó la herida con un pañuelo y lanzóse del hotel en busca de un tren que la llevase á Madrid, loca de rabia, más loca ahora que se le aparecía con todos sus detalles la muerte de su hija.

Aun llegó á presenciar el entierro de la hermosa niña. Las monjas creyeron que iba á matarse, cuando la vieron arrancarse puñados de cabellos, y revolverse en torno suyo como buscando un arma. No obstante, tuvo fuerzas para acompañar á su hija hasta el cementerio.

De rodillas, sobre la tierra removida, estuvo rezando hasta la noche.

Al dia siguiente vendió todo cuanto poseía, hasta sus vestidos, para construir un panteón á la pobre muerta de amor, y cuando no tuvo nada más que los inmundos harapos que se había reservado para cubrirse, lanzóse á la calle á sufrir hambres, frío; á dormir á la intemperie, con alegría, con ardiente deseo de padecer y de purificarse por el sufrimiento; como si de este

modo pudiera desagraviar á su hija del abandono de sus últimos días.

A pesar de su desaliño y suciedad, continuaba hermosa, con la belleza de una bacante ébria; muchos hombres se le acercaron, creyendo imposible la resistencia. La severa mendiga aparentaba no oír la primera insinuación; á la segunda, respondía con un *no* tan áspero y duro que ninguno persistía.

Así iban transcurridos doce años, sin casa, hambrienta, vagabunda; y así había de vivir siempre, mientras le quedase aliento para maldecirse por haber matado á su hija con su desamor, y para abominar los dos hombres, cómplices de su crimen. De este modo se vengaba de sí misma: quizá lograra por fin el perdón de Dios y de la hermosa niña que estaba en el cielo.

San Sebastián 20 Julio 92.



LAS BOTAS RUSAS



CAÍAN los copos verticales hasta la altura de los tejados. Allí las pequeñas alas blancas, empujadas por el helado viento norte que silbaba encallejonado, volaban horizontales casi largo trecho, descendiendo insensiblemente. Cuando llegaban á la altura de los primeros pisos de las casas, comenzaban una danza vertiginosa: trazaban círculos y espirales, descendían hasta el suelo, otra vez ascendían, y volvían á caer, describiendo rapidísimas curvas caprichosas. Aqueello era el aquelarre de los copos de nieve: un aquelarre, en el que parecían animados de perversas ideas. A

una mujer que llevaba en la cabeza una canasta llena de panes, le cegaban los ojos y la hacían dar en tierra con su carga; á una joven vivaracha y muy linda, se le introducían por el cuello, haciéndola cosquillas; á otra se le colaban por debajo del vestido, obligándola á detener su marcha y andar á pasos menudos, contra su voluntad; á un viejo caballo, que penosamente arrastraba un carro cargado de carbón, le asaeteaban despiadadamente con sus dardos de hielo, y el pobre animal, dolorido por millares de picaduras, contraía la piel con estremecimientos convulsivos.

Yo contemplaba desde el mirador el macabro baile de los copos. De cuando en cuando, limpiaba con la mano los empañados cristales, para continuar viendo su descenso y sus caprichosos remolinos.

Una de las veces que tal hacía, una vieja mendiga, con una niña en brazos, acertó á pasar por delante de mi observatorio.

El viento y la nieve, calmados hacia unos instantes, se convinieron en un momento para jugar una mala pasada á aquellos dos seres que no tenían, para librarse de sus

helados besos, gruesos abrigos y calientes pieles.

Formaron un torbellino rapidísimo, rodearon á la mujer y á la niña en un círculo de hielo, azotaron con furia sus desnudas piernas y sus indefensos rostros, y se alejaron entonando un silbido burlón y despreciativo.

Cuando el torbellino las envolvió, la mendiga bajó la cabeza y guardó silencio; la niña, por el contrario, lanzó un agudo grito y comenzó á limpiarse furiosamente la cara, de la nieve que la cubría.

La mendiga era una de tantas mujeres demacradas, sin más expresión que la de una inmensa fatiga pintada en todo el cuerpo; siempre viejas, aunque sean jóvenes; vestidas con cuatro harapos sin forma ni color, y calzando, en los pies desnudos, ora rotos zapatos de baile, ora enormes botas de hombre.

La niña era un angel rubio, como de tres años, delgadita, pálida, con los cabellos enmarañados flotando al aire; el rostro ligeramente curtido por la intemperie; las piernas y los pies desnudos.

Debía ser hija de aquella mujer, pues, á pesar de su fatiga, ésta la llevaba en brazos, sin duda porque estaba descalza.

La niña continuaba limpiándose la cara con las manecitas sucias, y guiñando los ojos para desprenderse de la nieve que los cegaba. En la nariz, en la barba, y diseminados por los cabellos, brillaban abundantes copos, ya líquidos, que, con su transparencia, hacían el efecto de gotas de rocío sobre los pétalos de una rosa.

Al extremo de la calle, avanzaba otra ráfaga de nieve, y para librarse de ella la mendiga, entróse á pedir limosna en la casa más cercana. Al poco rato, volvió á salir, atravesó la calle y penetró en la mia.

Un instante después dos golpes tímidos sonaron á la puerta. La criada entró en el gabinete, donde yo estaba, diciendo:

—Una pobre, que pide limosna. Está descalza. Si el señorito quiere, le daré el par de botas que ya no le sirven.

Hice un signo de asentimiento, y la criada sacó de la alcoba las botas, lustradas todavía, de la última vez que las había puesto.

Las limpió con el delantal, y salió, exclamando:

—Con éstas irá tan ricamente.

Detrás de ella, salí yo al pasillo, sin saber lo que hacía.

La criada abrió la puerta y mostró las botas á la mendiga. Al verlas, la niña lanzó un grito de gozo, y, con voz de un timbre purísimo, que nunca olvidaré, exclamó alborozada:

—*¿Pa mí, mamá, verdá?*

Y apretaba, entre sus manos diminutas, la cabeza de su madre, en el colmo de la alegría, y se miraba los pies desnudos, calculando de antemano el efecto que harían con aquellas botas.

Mi criada echó por tierra todo aquel regocijo.

—Son muy grandes para tí; sólo sirven para tu mamá.

Un lindo *puchero* se formó en los labios de la niña, cuyo rostro se tornó al instante grave y lloroso.

En los ojos de la madre, brillaron también dos lágrimas.

En aquel momento, experimenté lo que

nunca había sentido con tanta intensidad: una lástima profunda, una piedad infinita.

Las palabras de la niña vibraban en mi oído con una dulzura inefable.

¡La ambición infantil, desmedida, ansiosa de todo lo nuevo y brillante, se había reducido, en aquella linda niña, á desear unas horribles botas ajadas para proteger sus pies del frío de la calle!

En aquellas palabras había además el ansia de un pájaro preso que desea romper su cárcel. En invierno, el piso es hielo; y los pies de la niña eran tan lindos y delicados, que su madre la llevaba siempre en brazos, para que no se le estropeasen. De este modo, helada, entumecida, sentía una espantosa necesidad de movimiento.

Mientras yo pensaba todo esto, la mujer balbució un:

—Dios se lo pague.

Y principió á bajar las escaleras.

No sabré decir cómo entré en mi cuarto, ni cómo me puse las botas, el sombrero y la capa; lo que sí sé es, que aun no habían llegado á la calle la mendiga y la niña,

cuando ya estaba yo á su lado: ¡tanto temía que se me escaparan!

Diez minutos después, entrábamos los tres en una zapatería, y, entre el asombro de las dos desgraciadas, un dependiente comenzaba á probar á la niña un par de botas.

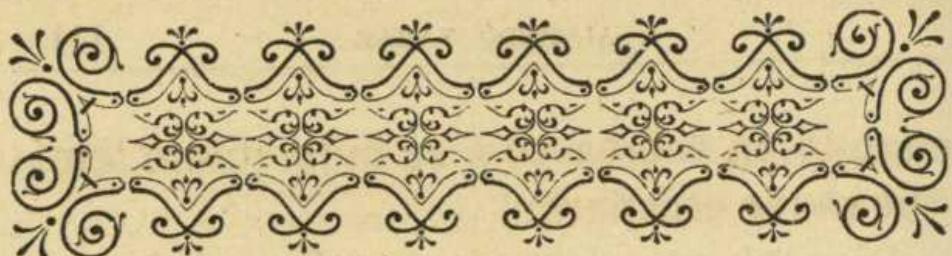
Su madre eligió por fin, unas *rusas*, fuertes y elegantes, forradas de paño, y de mucho abrigo.

Cuando las tuvo puestas, la niña no se atrevía ni á andar, para no estropearlas; permanecía calladita, pero se le conocía que era feliz. ¡Quizá era el primer goce que había disfrutado en su vida!

He aquí por qué, cuando, un mes más tarde, los guardias de seguridad recogieron de la vía pública á tantos vagabundos, quedaron sorprendidos al ver que una de las mendigas detenidas tenía una hija con lindas botas rusas.

Y he aquí también, que el inspector de policía, al preguntarle la procedencia de aquel lujoso calzado, se echó á reir incrédulo, cuando la pobre mujer le refirió esta historia.

San Sebastián 7 Agosto 93.



LA CORONA DE LA VIUDA



DE regreso de un largo viaje artístico, hallábase una tarde de invierno en su estudio, el pintor Emilio-Emilio, acompañado de varios amigos que habían acudido á festejar su vuelta.

Ansioso de conocer todas las vicisitudes porque había pasado durante su ausencia el círculo de gentes en que vivía, preguntaba á roso y vellosa por sus antiguos amigos y conocidos, intercalando entre las preguntas, descripciones de países, remembranzas de viajes y anécdotas histórico-personales más ó menos auténticas.

Por fin, cesó la granizada de sus preguntas.

tas, y ya llevaba hechas tres ó cuatro pausas, registrando los rincones de su memoria, cuando, dándose una palmada en la frente preguntó:

—¿Y la de Luna, el original de mi retrato premiado en la Exposición; la esposa del probo empleado que jamás se ha apercibido de que su frente no se parece á la de los demás mortales, ¿qué se ha hecho de ella?

Esta pregunta iba dirigida á uno de los jóvenes, llamado Alejandro, moreno como un mulato, todo movilidad y nervios.

Éste contestó después de una pausa:

—Se le murió su marido.

—¡El bueno de D. Faustino! Supongo que no lo sentiría mucho la bella Josefina.

Alejandro permaneció sin contestar un momento, y replicó, como desmintiendo las anteriores palabras:

—Se volvió loca.

El pintor dió un bote en la silla.

—¡Eh! ¿Pero á consecuencia de su viudez?
¡Imposible!

—Entendámonos —contestó Alejandro.—
El amor de su marido no ha tenido arte ni
parte en su locura; sin embargo, su marido

ha sido la causa directa de la catástrofe.

El pintor no salía de su asombro: todos los demás se habían callado.

—A ver, á ver—dijo Emilio.—Debe ser curioso de oir. Cuenta.

—¡Vaya si lo es!—murmuró lentamente su interlocutor. Y después de un instante: —Verás. Hace cosa de un año, al bonachón de Faustino, le dió la humorada de morirse y abandonar un mundo, lleno de mujeres engañosas y amigos desleales; aunque es seguro que jamás había advertido cerca de él la existencia de tales séres. Una noche, á la salida del teatro, se le entró en su no muy robusta persona un viento colado, el cual le produjo una pulmonía que, en tres dias, dió al traste con su vida. Josefina, como comprenderás, no se desesperó gran cosa por esta desgracia.....

—Pues no decías...—interrumpió Emilio.

—Despacio, querido; que aún falta trecho. Decía pues, que á la viuda no le afectó mucho la muerte de D. Faustino; pero como era preciso aparentarlo así, para no *desafinar*, hizo la comedia de una Artemisa..... sin sepulcro.

Encargó una gigantesca corona de siempre-vivas, rosas y pensamientos, y, en sus cintas, anchas de á tercia, mandó grabar con letras doradas, una romántica dedicatoria: á mi idolatrado esposo.

Cumplido este importantísimo deber, la viuda se encerró á piedra y lodo en su cuarto, no dejándose ver de nadie, ni aun de la luz, pues cerró hasta el balcón, para que nada le distrajese de su pena.

Unicamente, cuando llegó la hora de la conducción del cadáver al cementerio, se atrevió por una rendija, á echar una ojeada á la concurrencia, para ver los puntos que calzaban de estimación social ella y su marido.

Toda la calle estaba ocupada por unas quinientas personas—cifra crecidísima para un *oficial primero* de Hacienda,—indiferentes y silenciosas, que acababan de ponerse en marcha.

Delante de todos, y en hombros de cuatro sepultureros se balanceaba el féretro con la enorme corona de siempre-vivas, rosas y pensamientos. Josefina se retiró de

su observatorio, orgullosa de esta última prueba de general simpatía.

Entre tanto, el cadáver y su séquito caminaban lentamente al cementerio. Cuando llegaron, y el cura entonó los respondos, anochecía, y una nube espesa y oscura amenazaba lluvia.

Así es que la vieja beata, que había llevado la voz cantante en aquél, como en todos los entierros, atenta sólo á librarse de un reuma, no se cuidó para nada de la corona de la viuda, á pesar de la órden terminante que ésta le había dado, de traerla consigo á casa; y el ataúd con su corona, fué colocado en una de las mesas del depósito.

Hecho esto, y cuando todos, absolutamente todos, salieron, el conserje del camposanto cerró con cerrojo y llave la verja que servía de puerta.

Al llegar á este punto el narrador parecía atacado de un temblor general bien perceptible, y sus ojos echaban fuego.

Para serenarse detívose á encender un cigarro, lo cual verificó con toda la lentitud posible. Después prosiguió:

—A la mañana siguiente, cuando los sepultureros y la vieja beata fueron al depósito á *dar tierra* al cadáver, como ellos dicen en su jerga, hallaron la corona metálica de siempre-vivas, rosas y pensamientos, despedazada y echa trizas á los pies del ataúd, así como las anchas cintas negras de seda con la dedicatoria en letras doradas.

Ninguno de los oyentes dijo palabra, pero cada uno pensó para sí que habiendo estado el depósito cerrado con llave toda la noche y no pudiendo nadie entrar en él, el autor de aquel destrozo, solo podía haber sido... Un temblorcillo mal disimulado concluyó el espeluznante pensamiento.

—El cura entonó el último responso, y concluído éste y al abrir el ataúd con la llave que había traído la vieja beata en el bolsillo,—tened presente este dato,—para echar cal sobre el cadáver, observaron todos que las manos del muerto, que vestía hábito de franciscano, tenían las uñas rotas y, en varias de ellas, hilachas de seda negra, idénticas á las de las cintas de la corona.

Ya comprenderéis, que semejante suce-

so, verdad ó ficción, debió ocultarse cuidadosamente á la viuda; pero la vieja, apenas llegó á casa, y no bien le preguntó Josefina por la corona; entre sustos y congojas, le contó lo sucedido... y aun algo más.

Josefina, al oirla, dió un tremendo alarido y, recordando sin duda los amantes que había hecho tragár á D. Faustino, como amigos, le entró tal terror y tal remordimiento que perdió el sentido y con el sentido, la razón.

Cuando volvió á la vida, estaba loca incurable; loca como vosotros la habéis visto, —siguió Alejandro, dirigiéndose á los amigos de Emilio.

Hubo una larga pausa, durante la cual las bocas chuparon nerviosamente los cigarrillos.

Al cabo, uno de los jóvenes dijo:

—Tu historia es un *canard*, que no pasa.

—Sea;—replicó Alejandro—pero el hecho es que Josefina está loca.

—¿Y qué?—contestó el incrédulo.—Demos por supuesto que quien rompió la corona fué el mismo D. Faustino: ¿cómo explicas tú el caso?

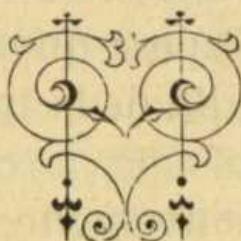
—Os lo diré en dos palabras. Mientras el hombre vive, lo que nosotros entendemos por vida, la venda corpórea, cegándole los sentidos del alma, sólo le deja ver las apariencias, y le oculta la realidad de las cosas. Cuando el espíritu se liberta, por la muerte, de la camisa de fuerza de la materia, se le hace palpable la realidad, y ve las cosas tal cual son y no tal cual parecen. Tal debió suceder con D. Faustino: durante su vida se dejó engañar como un cordero por Josefina; la muerte, afilándole los sentidos, le hizo ver la indigna comedia que había representado, y entonces lleno de cólera, viendo que su esposa quería continuar la farsa hasta más allá de la tumba... ya sabéis lo que hizo.

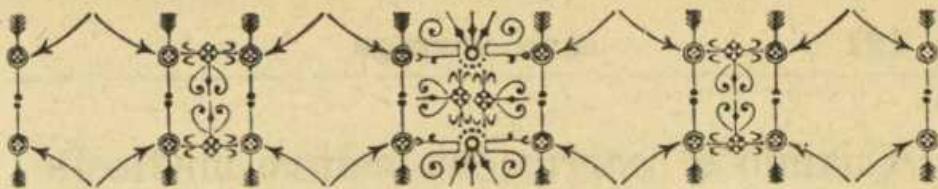
Hablaban tan convencido, que ninguno se atrevió á replicarle de seguida; mas luego, uno de los jóvenes, que pasaba entre ellos por un Tenorio, replicó intencionadamente:

—¡Qué quieras Alejandro! Aparte de lo imposible que es á un cadáver alzarse del ataúd cerrado y volverse á introducir en él; no creo una palabra de tu historia, porque de ser cierta, pocas, muy pocas coro-

nas de viuda dejarían de llevar igual pago; y yo—para no hablar más que de mí—he visto muchas que se hallaban en ese caso, intactas, después de haber desempeñado su cometido.

Vitoria 26 Febrero 93.





Romana

▼▼▼



I

El padre de Romana recibió por la mañana temprano una carta, anunciándole la venida de su sobrino, ocho días antes de lo que esperaba; esto es, al día siguiente.

Aturdido, y creyendo que la casa se le venía encima, llamó á su hija y la envió á *la ciudad*—distante dos horas,—á traer las cosas necesarias para arreglar el cuarto del futuro huésped.

La joven montó con un criado en el carricoche de la casa y marchó á cumplir el encargo. Llevaba dinero abundante, y en pocas horas terminó sus compras.

Cuando el carricoche estuvo medio lleno, Romana, impaciente, emprendió á pie el camino de la aldea, diciendo al criado que iría despacio para que él la alcanzase. Acababan de dar las cuatro de la tarde.

De una de esas tardes de primavera de cielo azul y sol de oro, refrescadas por ligera brisa; pero Romana no se fijaba en ello. Por algunas medias palabras que oyó á su padre y el interés con que le encargó no economizar dinero en las cosas que comprase para su primo, comprendió que se trataba de casarla con éste.

El viejo no le había dicho nada claro, porque esperaba de ella la ciega sumisión de las hijas de su clase; dejóselo adivinar embozadamente, como una cosa natural, arreglada de antemano.

La joven reflexionaba en ello al caminar.

No pensaba rebelarse contra la autoridad paterna; de ningún modo. Y dentro de su conformidad fatalista, echábase á fantasear de cuerpo entero á su primo. Le imaginaba como ella quisiera que fuese: alto, nervudo, moreno, de barba negra y mirada dulce.

Como no había tenido aún amores con nadie, no le repugnaba casarse con el hombre elegido por su padre, ni sentía impaciencia por conocerle. Lo que fuere sonaría; ella, de todos modos, no había de estar nunca mejor que ahora. Y pensaba así, á pesar de no comprender bien toda la importancia del matrimonio en la vida de la mujer, porque había visto que todas sus amigas, fuertes, robustas, hermosas, de solteras, al año de casarse, estaban arrugadas como frutas secas; apergaminadas, sin formas, feas. Suspiró tristemente: á ella le sucedería lo mismo.

Estas ideas le recordaron las amigas que tendría que convidar á su boda y los mil preparativos que habría que hacer. Se dejó arrebatar por su fantasía, y en un instante hizo su ajuar, casóse y asistió al banquete de boda.

Como había hecho las compras en *la ciudad* con tanta presteza, sin descansar un solo instante, y había salido enseguida, estaba sofocada, con el rostro encendido, sudando; llevaba echado hacia atrás sobre el cuello el pañuelo de seda para la cabeza.

De este modo, se destacaban bien sus facciones.

Romana era una hija de la aldea, buena moza, robusta, de cuerpo incitante, por sus amplias curvas hirvientes de vida; rostro bien proporcionado, ojos algo pequeños, de mirar candoroso; y abundante mata de pelo negro, que coronaba su cabeza chiquita y ovalada. La piel de su cara era suave y fina, porque, como hija de labrador rico, iba poco al campo: así lo declaraba su tipo, más esbelto, más erguido que el de las siervas del terruño.

Tal como era, era un hermoso tipo de la mujer verdad, sin melindres ni afeites; y lo que principalmente seducía en ella, era la vida que fluía á través de su piel, el aroma que se evaporaba de su rostro, el vaho sensual que despedía su cuerpo.

Adormecida por la vaga somnolencia de la tarde, caminaba la joven despacio, sin temor alguno. Ya no se veía la población: atravesaba un extenso bosque solitario que hubiera llenado de miedo á una señorita; pero Romana había hecho tantas veces aquel camino, en invierno, en verano, á

cualquier hora, que nada le asustaba.

Hacia la mitad del bosque, junto á un árbol cercano á la senda por donde ella marchaba, percibió un rostro de hombre, que miró á la joven un instante devorándola con los ojos.

Al terminarse los árboles, cuando iba otra vez á comenzar la llanura, Romana sintió cerca de sí ruido de pasos; quiso por curiosidad volver la cabeza para ver quién era, pero no pudo. Se sintió abrazada por un brazo hercúleo, que la levantaba del suelo y le tapaba la boca con mano calenturienta.

Aturdida por lo brusco del ataque, ni pudo dar un grito: no se daba razón de lo que le sucedía. Sólamente cuando sintió en el nacimiento del cuello posársele dos lábios temblorosos, ardientes como placas de hierro enrojecido, lo comprendió. Con toda la fuerza de su honradez, quiso desasirse de la cadena que la ceñía: desesperada, loca de miedo, se sentía llevar como una pluma, sin que ni la mordaza ni el nudo se aflojase.

Poco después, un buen trecho lejos del camino, se encontró tendida en el suelo,

sujeta por dos forzudas manos; vió junto al suyo un rostro moreno con dos ojos chispeantes, y se sintió á merced de un hombre, en medio del bosque, lejos de todo amparo humano. Entonces perdió el conocimiento.

II

Al recobrar el sentido, se halló sentada sobre el césped, con el vestido en desorden.

La vergüenza que sentía y que le subía á la cabeza en olas de fuego, le cercioró de que el crimen se había cometido.

Hasta el anochecer, permaneció en la misma postura; la cabeza entre las manos, mirando con aire estúpido una brizna de yerba aplastada cerca de ella. Cuando se vió rodeada por las sombras, se levantó y prosiguió de nuevo su camino.

Marchaba á paso rápido, el oído atento al menor ruido, con la timidez de un niño que canta de noche para ahuyentar su miedo.

Ya en su casa, oyó, desde el portal, la voz de su padre gritando al criado que había ido con Romana á la ciudad. La joven entró en la cocina.

—¡Cristo! ¡Ya era hora! ¿Dónde has estado? Cómo no has venido antes? Qué te ha sucedido?

—Pues, nada, padre, nada; que me he perdido,—contestó perfectamente tranquila.

El viejo soltó tres ó cuatro juramentos.

—Mientras tú pendoneabas por ahí, te preparaba yo una sorpresa. ¿Conoces á *ese*? —dijo, señalándole un joven que estaba sentado en un banco junto al hogar.

Lo turbio de la luz del candil que alumbraba la cocina, impidió ver la contracción que pasó como una nube por el rostro de Romana.

—No; no le conozco—contestó con voz temblorosa.

—!Red!... No tienes más sesos que un mosquito—replicó el viejo brutalmente.— Es tu primo, tu primo Paco en carne y hueso. Abrázale.

Romana creyó que el piso de la cocina se abría para tragarla; y cuando su primo le abrazó con grandes extremos de cariño, estuvo á punto de echarse un paso atrás y gritar fuerte, muy fuerte:

—¡Canalla!

El viejo preguntó luego á su sobrino:

—¿Qué te parece mi hija, muchacho?

—¡Como un sol, tio, como un sol!... ¡Gran mujer me llevo!

La nube negra volvió á pasar por los ojos de Romana.

Cenaron. El viejo se emborrachaba alegre, al ver cómo iban á realizarse sus planes. El sobrino agasajaba á su prima, regalándole los mejores bocados; le hablaba al oído, diciéndole que era hermosa y que iban á ser muy felices. Romana respondía con monosílabos, sonriente, haciendo como que comía.

A los postres el padre explicó á su hija, que Paco había llegado á la aldea dos horas después de salir Romana. Habían comido sólos y él le había indicado que saliera con la escopeta á esperar á su prima. Paco lo hizo así, pero al atardecer había vuelto, diciendo que se había extraviado cazando, sin llegar á la ciudad.

Él aprobaba sonriendo á cada palabra de su tío.

Terminada la cena, la joven se retiró

pretextando cansancio. Su padre exclamó picarescamente:

—Paco te curará. ¿Verdad, chico?

Éste, sin responder, estrechó la mano de su prima, diciéndola al oído:

—¡Que sueñes conmigo!

La joven subió corriendo á su cuarto y se dejó caer sobre una silla junto á su cama.

III

Temblaba como un pájaro en noche de tempestad y aplicaba á la fría sábana su frente ardorosa, reseca, que á ella le parecía que crugía con punzante dolor, como si fuera á estallar en pedazos. A la vez, dentro de ella, alguien desarrollaba el carrete de las ideas, amontonando varas y más varas del hilo invisible del pensamiento; y como si el hilo aquél se devanase en torno de ella y le apretara mucho, la jóven se ahogaba, presa de una angustia indescriptible.

Así estuvo largo rato; ya se habían dormido todos los de la casa y ella continuaba aún sin moverse. Luego, como si hubiera algún nudo muy difícil de deshacer en el

hilo que se enmarañaba en su mente, se deslizó de la silla, y cayó arrodillada frente al Cristo que había á la cabecera de su lecho.

Y en aquella postura, vacilante, llena de congoja, se puso á conversar con Aquel que oye lo que los labios no pronuncian.

Y le dijo así, sin hablar:

—Yo quiero confesarme, Señor, yo quiero confesarme contigo. Te contaré todo lo que pienso para que me absuelvas del horrible pecado que voy á cometer, si no me disuades... Pero no me disuadirás, porque tú que lo ves todo, comprenderás que no me queda otro recurso. Señor, tú eres bueno, yo no lo niego: lo creo, sí, lo creo; pero ¿por qué has consentido el crimen de que soy víctima? Dicen que tú castigas sólo al criminal; y yo soy buena... al menos, no sé qué maldades haya podido cometer. Si las he cometido, dímelas para que las sepa y vea que eres justo; si no, dudaré de todo... Porque á la verdad, lo que conmigo has hecho, ha sido horrible, ¡horrible! Hubiera preferido la muerte á ser juguete de un hombre; y hubiera preferido el infierno á

que ese hombre fuera mi primo. Tú que todo lo sabes ¿no sabías que mi padre lo destinaba para mí? ¿Por qué le has hecho tropezar conmigo para perderme?

En fin, yo no te culpo, Cristo mio, yo no te culpo; te pido que me aconsejes. Después de haber sido suya, yo no puedo casarme con ese hombre. Le aborrezco de muerte. Cuando me besó, al presentármelo mi padre, creí que me rozaba el rostro una culebra. Yo no le quiero para marido, porque si me caso con él, le mataré, sí, le mataré, con veneno, con puñal, con pistola... con lo que sea; pero le mataré.

Además es un vil hipócrita: al saber que yo era su prima, me ha besado tranquilo y sonriente... ¡Es un monstruo, Señor, es un monstruo, y yo no quiero casarme con él, no me casaré!

Pero si le digo esto á mi padre, se pondrá furioso, me pegará, me obligará, y aunque yo quiera resistir será en balde. Tendré que escaparme de casa y vivir escondida como las mujeres malas... ¡Señor, Dios de mi alma, Jesús adorado!, ya ves que todos los caminos están cerrados para mí...

menos uno. No quiero casarme, y mi padre me forzará; aborrezco á mi primo, me da asco, y él querrá que yo le ame... y me dará hijos que serán monstruos como él...

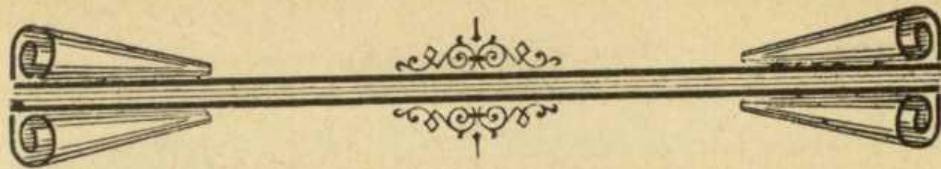
¡Dios mio querido! ¿quieres que siga ese *único camino* que me resta?... ¿Quieres? ¿Me lo permites...?

Calló el pensamiento de Romana y se ale-targó en una especie de niebla gris que le invadía. Al poco rato levantóse, abrió la puerta del cuarto y bajó la escalera á paso quedo. Entró en el patio y se dirigió al pozo, cuyo brocal se perfilaba á la luz de los astros como un cilindro macizo...

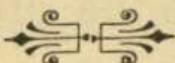
Un gallo lanzó su prolongado grito, por primera vez en la noche. Eran las doce. Al comenzar su segundo quiquiriquí, se interrumpió asustado por el sordo ruido que produjo el choque de un cuerpo en el agua del pozo.

San Sebastián 20 Julio 92.





EL ANILLO DE ORO



MIRANDO cómo flotaban las nubecillas lechosas en el agua que vertía á pulso y muy despacio en su copa de ajenjo, el Conde de de Guantánamo, recién llegado de su viaje por casi todos los pueblos del mundo, se hallaba refiriendo su historia, á su amigo el Marquesito de Villajoya á quien había conocido en Nueva-York.

Su vida—la del Conde—había sido bastante accidentada. Después del desastre y de la ruina de su casa, devorada en cuatro días por los acreedores, huérfano á los catorce años, se vió obligado á marchar á Cuba con un viejo criado de la casa, llamado

por su tío; un palurdo forrado de oro, que apenas si sabía estampar su firma.

Aparte de su ignorancia, era hombre de muy buen sentido: le hizo estudiar, estudiar sin descanso y.... sin dinero, amenazándole con abandonarle y consiguiendo que se graduase de abogado á los veinte años.

Después, sin ningún preámbulo, le llevó consigo á recorrer sus ingenios, á darle una zambullida en pleno salvajismo. Durante cuatro años no había pisado una vez la Habana ni tratado con más gente que los negros y empleados en las posesiones de aquel Creso miserable, que comía, por no gastar, en la misma mesa de sus operarios.

Terminados aquellos cuatro siglos embrutecedores, el viejo hacendado, como si no esperase otra cosa, tomó el acuerdo de morirse, dejando á su sobrino heredero universal de un montón de millones y del título de Conde de Guantánamo, que le dieron cuando aporreaba el oro con sus manos encallecidas.

El Conde, no bien se vió libre y rico, apresuróse á huir de aquellos fermentidos

ingenios, y, viéndose embrutecido, descivilizado, se lanzó á un viaje de *circunnavegación*, para adquirir, con el trato de gentes, un barniz cosmopolita, el más aproposito para sus planes ulteriores.

Cerca de seis años, había durado su viaje. Su última etapa era Madrid, donde pensaba establecerse definitivamente. Ya había comprado un hotel en la Castellana.

Su proyecto de vida era bien sencillo: tenía unas ganas furiosas de divertirse, de gozar en todos los ramos; especialmente en el femenino. Hasta entonces, con las peripecias del viaje y teniendo en cuenta su fin educativo, se había reducido á lo indispensable: una bagatela.

Para todo esto, necesitaba un guía inteligente que le dirigiere, y ninguno, como el Marquesito de Villajoya, podía iniciarle en los misterios de la nueva vida.

El Marquesito le ofreció su concurso de muy buena gana. Realmente, le había sido simpático aquel mozo, bronceado por el sol de todos los climas y cuyos ademanes parecían adquiridos, á retazos, entre los diversos pueblos que había visitado,

Esta conversación la tenían en el Café Suizo, junto á una de las ventanas que dan á la calle de Alcalá.

Ya llevaban los dos amigos un buen rato de palique, cuando por delante de ellos y en dirección al Retiro pasó una elegantísima joven rubia, la cual saludó cariñosamente al de Villajoya, á través de los cristales.

El Conde, después de *recorrerla* con una ojeada, dirigiéndose á su amigo,

—Una así me conviene.—Dijo.

—¿De veras?

—¡Tan de veras!

—Pues ahora mismo.

Y levantándose los dos jóvenes, se echaron á la calle. La joven rubia estaba á diez pasos de ellos. La alcanzaron, y el Marquesito hizo la presentación de rúbrica.

La señorita Lena..... El señor conde de Guantánamo.

Y comenzaron á hablar los tres, como antiguos conocidos.

El Conde, observando que se las había con una hermosa ave de noche, abandonó

bien pronto su timidez, mostrándose con Lena franco, jovial, galante.

—Para sellar nuestra amistad, desearía solamente—le dijo al despedirse, estrechándole la mano—que aceptase V. una cena que doy esta noche en mi hotel á varios amigos... que llevarán también á sus amigas.

—A qué hora?—preguntó ella.

—A la salida del Real.

—Convenidos.

El Conde se separó de Lena entusiasmado. Su compañero le dió amplias noticias de ella. La conocía de sobra: había sido en otro tiempo su querida. Era una gata gansa que devoraba hoteles, encajes, caballos, perlas, diamantes,.... todo lo devorable. Ocho días ántes, al comerse el último billete de banco de un diplomático, había puesto á éste de patitas en la calle. Por eso estaba libre.

Para obviar todos estos inconvenientes, era la mujer más hermosa de Madrid, y sería un acto de supremo buen tono presentarse en sociedad, teniéndola por querida.

El Conde se frotó las manos alegremente: una mujer así le hacía falta.

—Por muchos dientes que tenga, tengo yo más que roer,—añadió por último, al separarse de su amigo.

..

Aquella noche, poco después de terminarse la función del Real, se sentaban á la mesa, en el hotel del Conde de Guantánamo, doce comensales.

Seis *smokings*, cuyo dueño, el que menos, tenía nueve ó diez apellidos, intercaláronse con otras seis *mariposas de oro*, que no tenían ninguno: todas jóvenes, bellas, esplendorosas, casi desnudas de medio cuerpo arriba. El Conde ocupó la cabecera de la mesa y á su derecha se sentó Lena.

La cena fué una de esas comidas alegres, en las que las conversaciones chispean, como los vinos en las copas.

El anfitrión encantó á sus comensales, cuando, rogado por ellos, refirió sus viajes á los postres.

Había comido con los pieles rojas del Missisipi, con las bayaderas de la India, con

los judíos de Jerusalém, con las odaliscas de Constantinopla; había cazado cocodrilos en el Ganges, búfalos en la América del Norte y, en fin, había bebido leche de leona cazada por él en el Sahara.

Ante éste último rasgo épico, Lena, que le había escuchado atenta, embebecida en su narración, como una niña ingenua que oye relatar á un primo marino, su primer viaje, propuso un brindis en honor del Conde, bebiendo élla la primera copa entre las aclamaciones de todos los comensales.

Al terminarse el banquete, Lena y el Conde se levantaron de la mesa, yendo á conversar en voz baja á un extremo del comedor. La consulta fué breve, y los dos jóvenes tornaron, sonriéndose, á ocupar su puesto entre los demás.

Antes de despedirse, el Marquesito, que se preciaba de ocurrente, hizo que se dieran delante de él la mano el Conde y Lena, y les echó burlonamente su bendición.

El Conde salió á acompañar á sus amigos hasta la puerta: Lena se sentó al piano.

Aun estaba el aristocrático grupo en los pasillos, cuando los acordes del piano acom-

pañando á la voz de Lena, les hizo sonreir á todos.

Uno exclamó:

—¡El canto de la sirena!

Y se retiraron alegremente, menos las mujeres, mordidas por la envidia de la suerte de Lena.

Al volver el Conde al comedor, se detuvo en el pasillo escuchando el canto de ésta. Le sonaba á cosa conocida. Hasta la voz de la cantora, dulce á ratos, otros inarmónica, áspera, como de cuerdas vocales relajadas por las largas noches de orgía, la había él escuchado alguna vez, no sabía dónde.

Lena terminó su canto y, haciendo un gracioso *ritornello*, volvió á comenzar; pero observó admirada que no cantaba sola: una voz de hombre robusta, luchando por amoldarse á la suya, la voz del Conde, le hacía dúo.

La jóven, sin dejar de cantar, echóse hacia atrás en el taburete del piano, esperando asombrada la entrada del Conde en el gabinete.

Cuando entró éste, calló bruscamente, al observar la agitación de su rostro.

El Conde adelantó hasta ella y poniéndole las manos sobre los hombros desnudos, que se estremecieron, dijo con voz trémula:

—¡Conchesi!

La turbación con que Lena bajó la cabeza, le dijo más que un discurso. Tras prolongada pausa, continuó:

—Esa canción se llama *El anillo de oro*, ¿Quién te la ha enseñado?

Esta pregunta quedó sin respuesta. Lena se había levantado y se apoyaba en el piano ruborosa como una virgen. El Conde la contemplaba grave y serio: parecía un hermano pidiendo á su hermana cuentas de su honra...

¡Aquella canción! Era una balada muy romántica que había compuesto el Conde cuando era niño y vivía en las montañas vascas, en la casa paterna. Fué el único fruto de su ingenio, que produjo el estudio de la Retórica en el Instituto. La tonada era también obra suya.

Un jóven campesino parte para la guerra. Al borde de un torrente, se despide de su amada jurando serle fiel. La jóven, cuando aquél se aleja, para que nunca olvide

su amor, invoca al dios protector de los amores y le ofrece un tierno sacrificio. Arroja al torrente su anillo de oro, el anillo que le dió su madre al morir, su anillo de desposada.

Esta canción la había enseñado el Conde á una niña, á una amiga, á una hermana suya de corazón, de quien estaba castamente enamorado, hija de uno de los criados de la casa. Cuando marchó á América, se ausentó de ella, abrazándola, llorando, prometiéndola acordarse siempre... Pero no se había acordado. Al tornar á España, hombre ya, ni un recuerdo tenía para aquella Conchesi que había sido su primera pasión profunda é inocente.

Para traérsela á la memoria, el maligno espíritu de lo imprevisto se la había puesto en las manos, como una de esas botellas que los naufragos arrojan al mar y, después de años, las vuelven á abrir ellos mismos.

El canto de amor de otro tiempo, el canto de la sirena de hoy sirvió para reconocerla. Pero ¡cómo!... ¡en qué estado! El Conde pensaba egoístamente que le hubiera valido más no oírlo nunca.

Lena continuaba apoyada en el piano arrancando, con el roce febril de su cuerpo, pequeños sonidos á las teclas. También ella había reconocido en el Conde al rapaz enamorado de ella, y con el que tantas veces había soñado.

Como permaneciese callada largo rato, sin romper el silencio, el Conde para abbreviar la escena, sacó la cartera del bolsillo y se la colocó entre las manos, saliendo á paso rápido del gabinete.

Largo rato estuvo paseando por el jardín, con la cabeza descubierta, bajo un cielo blanquecino y una luna clara que le bañaba de dulcísima frescura.

Toda su vida de niño, todas las nimiedades que el alma recoge en sus huecos sin fondo, se le volvieron á aparecer, con el encanto de una perspectiva lejana. Se acordó de su madre, que, casi no había conocido y de su padre, á quien había olvidado, prometiéndose ir á rezar muy pronto sobre sus sepulturas.

El frío de la noche, le hizo retirarse. Lena, Conchesi, aquella mujer que simbolizaba su primer amor casto y su último amor

sensual, se había ido á su casa avergonzada. No tendría que verla otra vez.

Al entrar en su dormitorio, lo primero que le saltó á la vista fué el cuerpo de Lena dormida, destacándose suavemente bajo la fina cubierta del lecho del Conde.

Estaba muy descubierta, mostrando el pecho sonrosado y los brazos perezosamente doblados. Postura coqueta, llena de gracia, preparada para causar efecto. Y por su rostro, por su hermoso rostro, encuadrado en un marco de cabellos de oro, vagaba una sonrisa de triunfo, como las ondulaciones de una tela que agita á intervalos el viento.

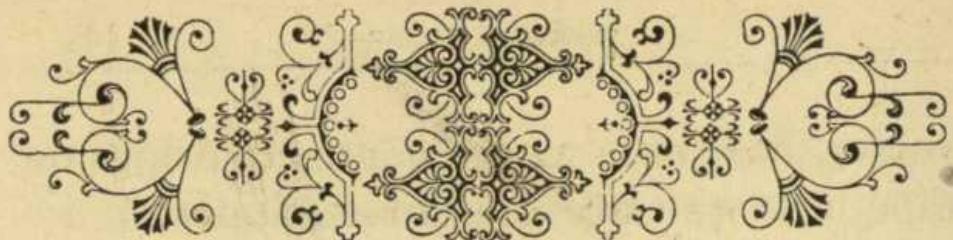
El Conde la contempló un instante, lleno de lástima, indulgente, sintiendo que, dentro de él, se reformaba parte del libro de su vida, en lo referente al concepto de las mujeres.

Depositó en la frente de la jóven un beso fraternal, y se alejó del dormitorio, pensando en sus primeros años, en su infancia casta, llena de olas de luz, de bosques verdes, de aire purísimo, en todo aquel adorable conjunto de recuerdos, que no había de

volver más como uno de esos paisajes de
espejismo que se evaporan en el aire.

San Sebastián 22 Agosto 92.





CELOS

GENERALMENTE se cree que sólo los hombres, en el desarrollo de todo su sér, son capaces de sentir esas pasiones avasalladoras, que, como los vientos del desierto secan de raíz las fuentes de la vida. Sin embargo, el cuerpecillo endeble del niño es también susceptible de experimentar sentimientos tan intensos ó más que las personas mayores.

Un ejemplo.

Enrique Zamora tenía, de su matrimonio con Juana Sellent, dos niños: Pachín y Luisito; el primero iba á cumplir cuatro años, el segundo, tres sólamente.